



James Joyce

Efemérides en
el Comité

E LEJANDRIA



James Joyce

Efemérides en
el Comité

E LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE
OBRAS DE DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

EFEMÉRIDES EN EL COMITÉ

JAMES JOYCE

**PUBLICADO: 1914
FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG
TRADUCTOR: ELEJANDRÍA
EDICIÓN: B. W. HUEBSCH, NEW YORK, 1917,
DUBLINERS**

EFEMÉRIDES EN EL COMITÉ

El viejo Jack juntó las cenizas con un trozo de cartón y las esparció juiciosamente sobre la cúpula blanqueada de carbón. Cuando la cúpula estuvo cubierta, su rostro se sumió en la oscuridad, pero, al disponerse a avivar el fuego de nuevo, su sombra encorvada ascendió por la pared opuesta y su rostro lentamente volvió a emerger a la luz. Era el rostro de un anciano, muy huesudo y peludo. Los ojos azules húmedos parpadeaban ante el fuego y la boca húmeda se abría de vez en cuando, masticando una o dos veces mecánicamente al cerrarse. Cuando las cenizas prendieron, colocó el trozo de cartón contra la pared, suspiró y dijo:

—Ahora está mejor, Sr. O'Connor.

El Sr. O'Connor, un hombre joven de cabello gris, cuyo rostro estaba desfigurado por muchas manchas y granos, acababa de formar el tabaco de un cigarrillo en un cilindro bien hecho, pero al ser hablado, deshizo su trabajo meditativamente. Luego comenzó a enrollar el tabaco de nuevo meditativamente y, después de un momento de reflexión, decidió lamer el papel.

—¿Dijo el Sr. Tierney cuándo volvería? —preguntó en un falsete ronco.

—No lo dijo.

El Sr. O'Connor se metió el cigarrillo en la boca y empezó a buscar en sus bolsillos. Sacó un paquete de delgadas tarjetas de cartón.

—Te traeré una cerilla —dijo el anciano.

—No importa, esto servirá —dijo el Sr. O'Connor.

Seleccionó una de las tarjetas y leyó lo que estaba impreso en ella:

ELECCIONES MUNICIPALES

Distrito de Royal Exchange

El Sr. Richard J. Tierney, P.L.G., solicita respetuosamente el favor de su voto e influencia en la próxima elección en el distrito de Royal Exchange.

El Sr. O'Connor había sido contratado por el agente de Tierney para hacer campaña en una parte del distrito, pero, como el clima era inclemente y sus botas dejaban pasar el agua, pasó gran parte del día sentado junto al fuego en la Sala del Comité en Wicklow Street con Jack, el viejo conserje. Habían estado sentados así desde que el corto día se había oscurecido. Era el seis de octubre, triste y frío en el exterior.

El Sr. O'Connor arrancó una tira de la tarjeta y, encendiéndola, encendió su cigarrillo. Al hacerlo, la llama iluminó una hoja de hiedra oscura y brillante en la solapa de su abrigo. El anciano lo observó atentamente y luego, tomando nuevamente el trozo de cartón, comenzó a avivar el fuego lentamente mientras su compañero fumaba.

—Ah, sí —continuó—, es difícil saber cómo criar a los hijos. ¡Quién pensaría que saldría así! Lo mandé a los Hermanos Cristianos e hice lo que pude por él, y ahí va, bebiendo por ahí. Traté de hacerlo medianamente decente.

Colocó el cartón con desgana.

—Si no fuera porque soy un viejo ahora, le cambiaría el tono. Le daría con el palo en la espalda y lo golpearía mientras pudiera sostenerme, como he hecho muchas veces antes. La madre, ya sabes, lo malcría con esto y aquello...

—Eso es lo que arruina a los niños —dijo el Sr. O'Connor.

—Claro que sí —dijo el anciano—. Y poco agradecimiento recibes por ello, solo insolencia. Él se aprovecha de mí siempre que ve que he tomado un trago. ¿A dónde va el mundo cuando los hijos hablan así a sus padres?

—¿Qué edad tiene? —preguntó el Sr. O'Connor.

—Diecinueve —dijo el anciano.

—¿Por qué no lo pones a hacer algo?

—Claro, ¿no he estado lidiando con el borracho desde que dejó la escuela? "No te mantendré", le digo. "Tienes que conseguir un trabajo por ti mismo". Pero, claro, es peor cuando consigue un trabajo; se lo bebe todo.

El Sr. O'Connor sacudió la cabeza en simpatía, y el anciano guardó silencio, mirando al fuego. Alguien abrió la puerta de la habitación y gritó:

—¡Hola! ¿Es esta una reunión de masones?

—¿Quién es? —preguntó el anciano.

—¿Qué hacen en la oscuridad? —dijo una voz.

—¿Eres tú, Hynes? —preguntó el Sr. O'Connor.

—Sí. ¿Qué hacen en la oscuridad? —dijo el Sr. Hynes, avanzando hacia la luz del fuego.

Era un joven alto y delgado con un bigote castaño claro. Pequeñas gotas de lluvia colgaban del ala de su sombrero y el cuello de su chaqueta estaba levantado.

—Bueno, Mat —dijo al Sr. O'Connor—, ¿cómo va todo?

El Sr. O'Connor sacudió la cabeza. El anciano dejó la chimenea y, tras tropezar por la habitación, regresó con dos candelabros que metió uno tras otro en el fuego y llevó a la mesa. Una habitación desnuda apareció a la vista y el fuego perdió todo su color alegre. Las paredes de la habitación estaban desnudas, excepto por una copia de una dirección electoral. En el centro de la habitación había una pequeña mesa sobre la cual se amontonaban papeles.

El Sr. Hynes se apoyó en la repisa de la chimenea y preguntó:

—¿Ya te ha pagado?

—Todavía no —dijo el Sr. O'Connor—. Espero a Dios que no nos deje colgados esta noche.

El Sr. Hynes se rió.

—Oh, te pagará. No temas —dijo.

—Espero que se apure si realmente quiere hacer negocios —dijo el Sr. O'Connor.

—¿Qué piensas, Jack? —dijo el Sr. Hynes satíricamente al anciano. El anciano volvió a su asiento junto al fuego, diciendo:

—De todas formas, no es que no tenga dinero. No como el otro tonto.

—¿Qué otro tonto? —dijo el Sr. Hynes.

—Colgan —dijo el anciano con desdén.

—¿Es porque Colgan es un trabajador que dices eso? ¿Cuál es la diferencia entre un buen y honesto albañil y un tabernero, eh? ¿No tiene el trabajador el mismo derecho a estar en la Corporación que cualquier otro, sí, y un mejor derecho que esos petimetres que siempre andan con el sombrero en la mano ante cualquier tipo con un título? ¿No es así, Mat? —dijo el Sr. Hynes, dirigiéndose al Sr. O'Connor.

—Creo que tienes razón —dijo el Sr. O'Connor.

—Un hombre es un hombre honesto y sencillo, sin trucos ni engaños. Va a representar a las clases trabajadoras. Este tipo para el que trabajas solo quiere conseguir algún puesto o algo.

—Por supuesto, las clases trabajadoras deben estar representadas —dijo el viejo.

—El trabajador —dijo el Sr. Hynes— recibe todos los golpes y ni un céntimo. Pero es el trabajo lo que produce todo. El trabajador no busca empleos gordos para sus hijos y sobrinos y primos. El

trabajador no va a arrastrar el honor de Dublín por el fango para complacer a un monarca alemán.

—¿Cómo es eso? —dijo el viejo.

—¿No sabes que quieren presentar una dirección de bienvenida a Edward Rex si viene aquí el próximo año? ¿Qué queremos con reverencias a un rey extranjero?

—Nuestro hombre no votará por la dirección —dijo el Sr. O'Connor—. Se presenta por el partido nacionalista.

—¿No lo hará? —dijo el Sr. Hynes—. Espera a ver si lo hace o no. Lo conozco. ¿Es Tricky Dicky Tierney?

—¡Por Dios! quizás tengas razón, Joe —dijo el Sr. O'Connor—. De todos modos, desearía que apareciera con el dinero.

Los tres hombres guardaron silencio. El viejo comenzó a juntar más cenizas. El Sr. Hynes se quitó el sombrero, lo sacudió y luego bajó el cuello de su abrigo, mostrando, al hacerlo, una hoja de hiedra en la solapa.

—Si este hombre estuviera vivo —dijo, señalando la hoja—, no hablaríamos de una dirección de bienvenida.

—Es verdad —dijo el Sr. O'Connor.

—¡Dios, qué tiempos aquellos! —dijo el viejo—. Entonces había algo de vida en ello.

La habitación volvió a quedarse en silencio. Luego, un hombrecito bullicioso con una nariz mocosa y orejas muy frías entró empujando la puerta. Caminó rápidamente hacia el fuego, frotándose las manos como si pretendiera producir una chispa de ellas.

—No hay dinero, chicos —dijo.

—Siéntese aquí, Sr. Henchy —dijo el viejo, ofreciéndole su silla.

—Oh, no se moleste, Jack, no se moleste —dijo el Sr. Henchy.

Asintió brevemente al Sr. Hynes y se sentó en la silla que el viejo había dejado.

—¿Cubrió Aungier Street? —preguntó al Sr. O'Connor.

—Sí —dijo el Sr. O'Connor, comenzando a buscar memorandos en sus bolsillos.

—¿Habló con Grimes?

—Sí.

—¿Y? ¿Qué dice?

—No quiso prometer. Dijo: "No le diré a nadie cómo voy a votar". Pero creo que estará bien.

—¿Por qué?

—Me preguntó quiénes eran los nominadores; y se lo dije. Mencioné el nombre del padre Burke. Creo que estará bien.

El Sr. Henchy comenzó a resoplar y a frotarse las manos sobre el fuego a una velocidad tremenda. Luego dijo:

—Por el amor de Dios, Jack, tráenos un poco de carbón. Debe quedar algo.

El viejo salió de la habitación.

—No hay forma —dijo el Sr. Henchy, sacudiendo la cabeza—. Le pregunté al pequeño limpiabotas, pero dijo: "Oh, ahora, Sr. Henchy, cuando vea que el trabajo se realiza adecuadamente no lo olvidaré, puede estar seguro". ¡Pequeño tacaño miserable! ¡Dios, cómo podría ser otra cosa!

—¿Qué te dije, Mat? —dijo el Sr. Hynes—. Tricky Dicky Tierney.

—Oh, es tan astuto como los hacen —dijo el Sr. Henchy—. No tiene esos pequeños ojos de cerdo por nada. ¡Maldita sea su alma! ¿No podría pagar como un hombre en lugar de: "Oh, ahora, Sr. Henchy, debo hablar con el Sr. Fanning. . . . He gastado mucho dinero"? ¡Miserable pequeño colegial del infierno! Supongo que olvida el tiempo en que su viejo padre tenía la tienda de ropa usada en Mary's Lane.

—¿Pero es eso un hecho? —preguntó el Sr. O'Connor.

—Dios, sí —dijo el Sr. Henchy—. ¿Nunca oíste eso? Y los hombres solían ir el domingo por la mañana antes de que las casas

abrieran para comprar un chaleco o unos pantalones—¡moya! Pero el viejo padre de Tricky Dicky siempre tenía una pequeña botella negra en un rincón. ¿Te acuerdas ahora? Así es. Así es como vio la luz por primera vez.

El viejo regresó con unos pocos trozos de carbón que colocó aquí y allá en el fuego.

—Es una buena manera de saludar —dijo el Sr. O'Connor—. ¿Cómo espera que trabajemos para él si no suelta el dinero?

—No puedo evitarlo —dijo el Sr. Henchy—. Espero encontrar a los alguaciles en el pasillo cuando llegue a casa.

El Sr. Hynes se rió y, apartándose de la repisa de la chimenea con la ayuda de sus hombros, se dispuso a irse.

—Todo estará bien cuando venga el Rey Eddie —dijo—. Bueno, chicos, me voy por ahora. Nos vemos luego. Adiós, adiós.

Salió lentamente de la habitación. Ni el Sr. Henchy ni el viejo dijeron nada, pero, justo cuando la puerta se estaba cerrando, el Sr. O'Connor, que había estado mirando melancólicamente al fuego, gritó de repente:

—Adiós, Joe.

El Sr. Henchy esperó unos momentos y luego asintió en dirección a la puerta.

—Dime —dijo al otro lado del fuego—, ¿qué trae a nuestro amigo aquí? ¿Qué quiere?

—¡Pobre Joe! —dijo el Sr. O'Connor, arrojando la colilla de su cigarrillo al fuego—, está en apuros, como el resto de nosotros.

El Sr. Henchy resopló vigorosamente y escupió tan copiosamente que casi apagó el fuego, que emitió un silbido de protesta.

—Para decirte mi opinión privada y sincera —dijo—, creo que es un hombre del otro bando. Es un espía de Colgan, si me preguntas. Solo da vueltas y trata de averiguar cómo les va. No sospecharán de ti. ¿Lo entiendes?

—Oh, pobre Joe es un buen tipo —dijo el Sr. O'Connor.

—Su padre era un hombre decente y respetable —admitió el Sr. Henchy—. ¡Pobre viejo Larry Hynes! ¡Cuántos favores hizo en su día! Pero me temo mucho que nuestro amigo no es de oro de diecinueve quilates. Maldita sea, puedo entender que un hombre esté en apuros, pero lo que no puedo entender es que un hombre sea un parásito. ¿No podría tener algo de hombría?

—No recibe una cálida bienvenida de mi parte cuando viene —dijo el viejo—. Que trabaje para su propio bando y no venga a espiar por aquí.

—No sé —dijo el Sr. O'Connor dubitativo, mientras sacaba papeles de cigarrillos y tabaco—. Creo que Joe Hynes es un hombre honesto. Es un tipo listo también, con la pluma. ¿Recuerdas esa cosa que escribió...?

—Algunos de esos nacionalistas y fenianos son demasiado listos si me preguntas —dijo el Sr. Henchy—. ¿Sabes cuál es mi opinión privada y sincera sobre algunos de esos bromistas? Creo que la mitad de ellos están a sueldo del Castillo.

—No se sabe —dijo el viejo.

—Oh, pero lo sé con certeza —dijo el Sr. Henchy—. Son mercenarios del Castillo... No digo Hynes... No, maldita sea, creo que está un paso por encima de eso... Pero hay cierto noble con un ojo desviado—¿sabes a qué patriota me refiero?

El Sr. O'Connor asintió.

—¡Ese es un verdadero descendiente del Mayor Sirr para ti si te gusta! ¡Oh, la sangre patriótica! ¡Ese es un tipo que vendería su país por cuatro peniques—sí, y se arrodillaría y agradecería al Cristo Todopoderoso que tuviera un país para vender!

Hubo un golpe en la puerta.

—¡Adelante! —dijo el Sr. Henchy.

Una persona que parecía un clérigo pobre o un actor pobre apareció en la puerta. Sus ropas negras estaban abotonadas

firmemente sobre su cuerpo corto y era imposible decir si llevaba un collar de clérigo o de laico, porque el cuello de su abrigo raído, cuyos botones descubiertos reflejaban la luz de la vela, estaba levantado alrededor de su cuello. Llevaba un sombrero redondo de fieltro negro duro. Su rostro, brillante con gotas de lluvia, tenía la apariencia de queso amarillo húmedo, excepto donde dos manchas rosadas indicaban los pómulos. Abrió su boca muy larga de repente para expresar decepción y al mismo tiempo abrió sus ojos muy brillantes y azules para expresar placer y sorpresa.

—¡Oh, Padre Keon! —dijo el Sr. Henchy, saltando de su silla—. ¿Es usted? ¡Entre!

—¡Oh, no, no, no! —dijo el Padre Keon rápidamente, frunciendo los labios como si estuviera hablando con un niño.

—¿No quiere entrar y sentarse?

—No, no, no —dijo el Padre Keon, hablando en una voz discreta, indulgente, aterciopelada—. ¡No quiero molestarlos ahora! Solo estoy buscando al Sr. Fanning...

—Está en el Black Eagle —dijo el Sr. Henchy—. Pero ¿no quiere entrar y sentarse un minuto?

—No, no, gracias. Era solo un pequeño asunto —dijo el Padre Keon—. Gracias, de verdad.

Retrocedió desde la puerta y el Sr. Henchy, agarrando uno de los candelabros, fue a la puerta para iluminarlo mientras bajaba las escaleras.

—¡Oh, no se moleste, se lo ruego!

—No, pero las escaleras están muy oscuras.

—No, no, puedo ver... Gracias, de verdad.

—¿Está bien ahora?

—Todo bien, gracias... Gracias.

El Sr. Henchy regresó con el candelabro y lo puso en la mesa. Se sentó de nuevo junto al fuego. Hubo silencio por unos momentos.

—Dime, John —dijo el Sr. O'Connor, encendiendo su cigarrillo con otra tarjeta de cartón.

—¿Hmm?

—¿Qué es exactamente?

—Pregúntame algo más fácil —dijo el Sr. Henchy.

—Fanning y él parecen muy unidos. A menudo están juntos en Kavanagh's. ¿Es un sacerdote de verdad?

—Sí, creo que sí... Creo que es lo que llaman una oveja negra. No tenemos muchas de ellas, gracias a Dios, pero tenemos algunas... Es un hombre desafortunado de algún tipo...

—¿Y cómo se las arregla? —preguntó el Sr. O'Connor.

—Ese es otro misterio.

—¿Está vinculado a alguna capilla, iglesia o institución o...?

—No —dijo el Sr. Henchy—, creo que está viajando por su cuenta... Que Dios me perdone —añadió—, pensé que era la docena de stouts.

—¿Hay alguna posibilidad de una bebida? —preguntó el Sr. O'Connor.

—Yo también tengo sed —dijo el viejo.

—Le pregunté tres veces al pequeño limpiabotas —dijo el Sr. Henchy— si nos mandaría una docena de stouts. Le volví a preguntar ahora, pero estaba apoyado en el mostrador en mangas de camisa teniendo una conversación profunda con el concejal Cowley.

—¿Por qué no se lo recordaste? —dijo el Sr. O'Connor.

—Bueno, no podía ir mientras estaba hablando con el concejal Cowley. Simplemente esperé hasta que me mirara y le dije: "Sobre ese pequeño asunto del que te estaba hablando...". "Todo estará bien, Sr. H.", dijo. Yerra, seguro que el pequeño saltamontes se ha olvidado por completo.

—Hay algún trato en ese sector —dijo el Sr. O'Connor pensativo—. Vi a los tres muy ocupados ayer en la esquina de Suffolk Street.

—Creo que sé el jueguito que están haciendo —dijo el Sr. Henchy—. Hoy en día debes deberles dinero a los Padres de la Ciudad si quieres que te hagan alcalde. Entonces te harán alcalde. ¡Por Dios! Estoy pensando seriamente en convertirme en un Padre de la Ciudad yo mismo. ¿Qué te parece? ¿Serviría para el puesto?

El Sr. O'Connor se rió.

—En cuanto a deber dinero se refiere...

—Saliendo de la Mansion House —dijo el Sr. Henchy— con toda mi parafernalia, con Jack aquí de pie detrás de mí con una peluca empolvada, ¿eh?

—Y hazme tu secretario privado, John.

—Sí. Y haré al padre Keon mi capellán privado. Tendremos una fiesta familiar.

—La verdad, Sr. Henchy —dijo el viejo—, mantendrías un estilo mejor que algunos de ellos. Un día estaba hablando con el viejo Keegan, el portero. "¿Y qué te parece tu nuevo amo, Pat?", le dije. "Ahora no tienes muchas entretenidas", le dije. "¿Entretenidas?" dice él. "Viviría con el olor de un trapo de aceite". ¿Y sabes lo que me dijo? Ahora, lo juro por Dios, no le creí.

—¿Qué? —dijeron el Sr. Henchy y el Sr. O'Connor.

—Me dijo: "¿Qué piensas de un alcalde de Dublín enviando a buscar una libra de chuletas para su cena? ¿Qué te parece eso para alta cocina?" dice él. "¡Vaya, vaya!" le digo. "Una libra de chuletas", dice él, "llegando a la Mansion House". "¡Vaya!" le digo, "¿qué clase de gente va ahora?"

En ese momento, hubo un golpe en la puerta, y un muchacho asomó la cabeza.

—¿Qué pasa? —dijo el viejo.

—Del Black Eagle —dijo el muchacho, entrando de lado y depositando una cesta en el suelo con un ruido de botellas

sacudidas. El viejo ayudó al muchacho a trasladar las botellas de la cesta a la mesa y contó el total completo. Después del traslado, el muchacho se puso la cesta en el brazo y preguntó:

—¿Alguna botella?

—¿Qué botellas? —dijo el viejo.

—¿No nos dejarás beberlas primero? —dijo el Sr. Henchy.

—Me dijeron que pidiera las botellas.

—Vuelve mañana —dijo el viejo.

—¡Oye, muchacho! —dijo el Sr. Henchy—, ¿puedes ir a O'Farrell's y pedirle que nos preste un sacacorchos—para el Sr. Henchy, dile. Dile que no lo mantendremos ni un minuto. Deja la cesta ahí.

El muchacho salió y el Sr. Henchy comenzó a frotarse las manos alegremente, diciendo:

—Ah, bueno, no es tan malo después de todo. De todos modos, cumple su palabra.

—No hay vasos —dijo el viejo.

—Oh, no te preocupes por eso, Jack —dijo el Sr. Henchy—. Muchos hombres buenos han bebido directamente de la botella.

—De todos modos, es mejor que nada —dijo el Sr. O'Connor.

—No es una mala persona —dijo el Sr. Henchy—, solo que Fanning tiene mucho control sobre él. Tiene buenas intenciones, ya sabes, a su manera insignificante.

El muchacho regresó con el sacacorchos. El viejo abrió tres botellas y estaba devolviendo el sacacorchos cuando el Sr. Henchy le dijo al muchacho:

—¿Te gustaría un trago, muchacho?

—Sí, por favor, señor —dijo el muchacho. El viejo abrió otra botella a regañadientes y se la dio al muchacho.

—¿Qué edad tienes? —le preguntó.

—Diecisiete —dijo el muchacho. Como el viejo no dijo nada más, el muchacho tomó la botella, dijo: "Mis más respetuosos saludos, señor, al Sr. Henchy", bebió el contenido, devolvió la botella a la mesa y se limpió la boca con la manga. Luego tomó el sacacorchos y salió de la puerta de lado, murmurando alguna forma de saludo.

—Así es como empieza —dijo el viejo.

—El delgado borde de la cuña —dijo el Sr. Henchy.

El viejo distribuyó las tres botellas que había abierto y los hombres bebieron de ellas simultáneamente. Después de beber, cada uno colocó su botella en la repisa de la chimenea al alcance de la mano y respiraron profundamente de satisfacción.

—Bueno, hice un buen trabajo hoy —dijo el Sr. Henchy, después de una pausa.

—¿De verdad, John?

—Sí. Le conseguí uno o dos votos seguros en Dawson Street, Crofton y yo. Entre nosotros, ya sabes, Crofton (es un buen tipo, por supuesto), pero no vale un comino como agitador. No tiene ni una palabra para lanzar a un perro. Se queda parado y mira a la gente mientras yo hago la charla.

En ese momento, entraron dos hombres en la habitación. Uno de ellos era un hombre muy gordo, cuyas ropas de sarga azul parecían estar en peligro de caerse de su figura inclinada. Tenía una cara grande que se asemejaba a la expresión de un joven buey, con ojos azules y una barba gris. El otro hombre, que era mucho más joven y frágil, tenía una cara delgada y afeitada. Llevaba un cuello doble muy alto y un sombrero hongo de ala ancha.

—¡Hola, Crofton! —dijo el Sr. Henchy al hombre gordo—. Habla del diablo...

—¿De dónde vino la bebida? —preguntó el joven—. ¿Parió la vaca?

—¡Oh, claro, Lyons detecta la bebida primero! —dijo el Sr. O'Connor, riendo.

—¿Es así como ustedes hacen campaña? —dijo el Sr. Lyons—, ¿y Crofton y yo afuera en el frío y la lluvia buscando votos?

—¿Por qué, maldita sea tu alma —dijo el Sr. Henchy—, yo conseguiría más votos en cinco minutos de los que ustedes dos conseguirían en una semana.

—Abre dos botellas de stout, Jack —dijo el Sr. O'Connor.

—¿Cómo puedo? —dijo el viejo—, cuando no hay sacacorchos.

—¡Espera, espera! —dijo el Sr. Henchy, levantándose rápidamente—. ¿Alguna vez viste este pequeño truco?

Tomó dos botellas de la mesa y, llevándolas al fuego, las puso en la repisa. Luego se sentó nuevamente junto al fuego y tomó otro trago de su botella. El Sr. Lyons se sentó en el borde de la mesa, empujó su sombrero hacia la nuca y comenzó a balancear las piernas.

—¿Cuál es mi botella? —preguntó.

—Esta, chico —dijo el Sr. Henchy.

El Sr. Crofton se sentó en una caja y miró fijamente la otra botella en la repisa. Estaba en silencio por dos razones. La primera razón, suficiente en sí misma, era que no tenía nada que decir; la segunda razón era que consideraba a sus compañeros inferiores a él. Había sido agitador para Wilkins, el conservador, pero cuando los conservadores retiraron a su hombre y, eligiendo el menor de dos males, dieron su apoyo al candidato nacionalista, fue contratado para trabajar para el Sr. Tierney.

En unos minutos, se escuchó un disculpador "¡Puf!" cuando el corcho salió volando de la botella del Sr. Lyons. El Sr. Lyons saltó de la mesa, fue al fuego, tomó su botella y la llevó de vuelta a la mesa.

—Les estaba diciendo, Crofton —dijo el Sr. Henchy—, que conseguimos algunos votos hoy.

—¿A quién conseguiste? —preguntó el Sr. Lyons.

—Bueno, conseguí a Parkes, y conseguí a Atkinson, y conseguí a Ward de Dawson Street. También es un buen tipo, un verdadero

caballero, viejo conservador. "¿Pero no es su candidato un nacionalista?" dijo él. "Es un hombre respetable", le dije. "Está a favor de lo que beneficie a este país. Es un gran contribuyente", dije. "Tiene

propiedades en la ciudad y tres lugares de negocio, ¿no es en su propio beneficio mantener bajos los impuestos? Es un ciudadano prominente y respetado", dije, "y un guardián de la ley de pobres, y no pertenece a ningún partido, bueno, malo o indiferente". Esa es la manera de hablarles.

—¿Y qué hay del discurso de bienvenida al rey? —dijo el Sr. Lyons, después de beber y saborear sus labios.

—Escucha —dijo el Sr. Henchy—. Lo que necesitamos en este país, como le dije al viejo Ward, es capital. La llegada del rey significará una entrada de dinero en este país. Los ciudadanos de Dublín se beneficiarán de ello. Mira todas las fábricas por los muelles, ¡paradas! Mira todo el dinero que hay en el país si solo trabajáramos las viejas industrias, los molinos, los astilleros y las fábricas. Es capital lo que necesitamos.

—Pero escucha, John —dijo el Sr. O'Connor—. ¿Por qué deberíamos dar la bienvenida al rey de Inglaterra? ¿No fue el mismo Parnell...

—Parnell —dijo el Sr. Henchy—, está muerto. Ahora, así es como lo veo. Aquí está este tipo que llega al trono después de que su vieja madre lo mantuvo fuera hasta que el hombre se puso gris. Es un hombre de mundo y nos quiere bien. Es un tipo muy decente, si me preguntas, y sin tonterías. Simplemente se dice a sí mismo: "La vieja nunca fue a ver a estos salvajes irlandeses. ¡Por Cristo, iré yo mismo y veré cómo son!" ¿Y vamos a insultar al hombre cuando venga aquí en una visita amistosa? ¿Eh? ¿No es así, Crofton?

El Sr. Crofton asintió con la cabeza.

—Pero después de todo —dijo el Sr. Lyons argumentativamente—, la vida del rey Eduardo, ya sabes, no es la mejor...

—Dejemos el pasado en el pasado —dijo el Sr. Henchy—. Admiro al hombre personalmente. Es solo un tipo normal como tú y como

yo. Le gusta su trago y quizás sea un poco libertino, y es un buen deportista. Maldita sea, ¿no podemos los irlandeses jugar limpio?

—Eso está muy bien —dijo el Sr. Lyons—. Pero mira el caso de Parnell ahora.

—En el nombre de Dios —dijo el Sr. Henchy—. ¿Dónde está la analogía entre los dos casos?

—Lo que quiero decir —dijo el Sr. Lyons— es que tenemos nuestros ideales. ¿Por qué, entonces, daríamos la bienvenida a un hombre como ese? ¿Crees que, después de lo que hizo, Parnell era un hombre adecuado para liderarnos? ¿Y por qué, entonces, lo haríamos para Eduardo VII?

—Hoy es el aniversario de Parnell —dijo el Sr. O'Connor— y no levantemos animosidades. Todos lo respetamos ahora que está muerto y enterrado, incluso los conservadores —añadió, dirigiéndose al Sr. Crofton.

¡Pop! El rezagado corcho salió volando de la botella del Sr. Crofton. El Sr. Crofton se levantó de su caja y se dirigió al fuego. Al regresar con su captura, dijo con voz profunda:

—Nuestro lado de la casa lo respeta porque era un caballero.

—¡Tienes razón, Crofton! —dijo el Sr. Henchy ferozmente—. Fue el único hombre que pudo mantener en orden a esa bolsa de gatos. ¡Abajo, perros! ¡Acuéstense, curs! Así es como los trataba. ¡Entra, Joe! ¡Entra! —llamó, al ver al Sr. Hynes en la puerta.

El Sr. Hynes entró lentamente.

—Abre otra botella de stout, Jack —dijo el Sr. Henchy—. ¡Oh, olvidé que no hay sacacorchos! Aquí, dame una y la pondré al fuego.

El viejo le pasó otra botella y él la colocó en la repisa.

—Siéntate, Joe —dijo el Sr. O'Connor—, estamos hablando del Jefe.

—¡Ay, ay! —dijo el Sr. Henchy. El Sr. Hynes se sentó en el borde de la mesa cerca del Sr. Lyons, pero no dijo nada.

—Hay uno de ellos, de todos modos —dijo el Sr. Henchy—, que no lo renegó. ¡Por Dios, lo digo por ti, Joe! No, por Dios, ¡te mantuviste firme como un hombre!

—Oh, Joe —dijo de repente el Sr. O'Connor—. Danos esa cosa que escribiste, ¿recuerdas? ¿La tienes contigo?

—¡Oh, sí! —dijo el Sr. Henchy—. Danos eso. ¿Lo has oído alguna vez, Crofton? Escucha esto ahora: cosa espléndida.

—Vamos —dijo el Sr. O'Connor—. Adelante, Joe.

El Sr. Hynes no parecía recordar de inmediato la pieza a la que se referían, pero después de reflexionar un rato, dijo:

—Oh, esa cosa, sí... Seguro, eso ya es viejo.

—¡Sácala, hombre! —dijo el Sr. O'Connor.

—'Sh, 'sh —dijo el Sr. Henchy—. ¡Ahora, Joe!

El Sr. Hynes vaciló un poco más. Luego, en medio del silencio, se quitó el sombrero, lo dejó sobre la mesa y se puso de pie. Parecía estar ensayando la pieza en su mente. Después de una pausa bastante larga, anunció:

LA MUERTE DE PARNELL

6 de octubre de 1891

Carraspeó una o dos veces y luego comenzó a recitar:

O alta ambición lo espolea ahora

A alcanzar las cumbres de la gloria.

Lograron su objetivo: lo abatieron.

Pero Erin, escucha, su espíritu puede

Resurgir, como el Fénix de las llamas.

Cuando amanezca el día.

El día que nos traiga el reinado de la libertad.

Y en ese día, bien puede Erin

Brindar en la copa que levanta a la Alegría

Un pesar: el recuerdo de Parnell.

El Sr. Hynes volvió a sentarse en la mesa. Cuando terminó su recitación hubo un silencio y luego una explosión de aplausos: incluso el Sr. Lyons aplaudió. La ovación continuó por un momento. Cuando cesó, todos los oyentes bebieron de sus botellas en silencio.

¡Pop! El corcho salió volando de la botella del Sr. Hynes, pero el Sr. Hynes permaneció sentado, ruborizado y sin sombrero, en la mesa. No parecía haber escuchado la invitación.

—¡Buen trabajo, Joe! —dijo el Sr. O'Connor, sacando sus papeles de cigarrillo y su bolsa para ocultar mejor su emoción.

—¿Qué piensas de eso, Crofton? —gritó el Sr. Henchy—. ¿No es magnífico? ¿Qué dices?

El Sr. Crofton dijo que era una pieza de escritura muy fina.

1. [Efemérides en el comité - James Joyce](#)
2. [Efemérides en el comité](#)

**¡Gracias por leer este libro de
www.elelandria.com!**

**Descubre nuestra colección de obras de dominio
público en castellano en nuestra web**